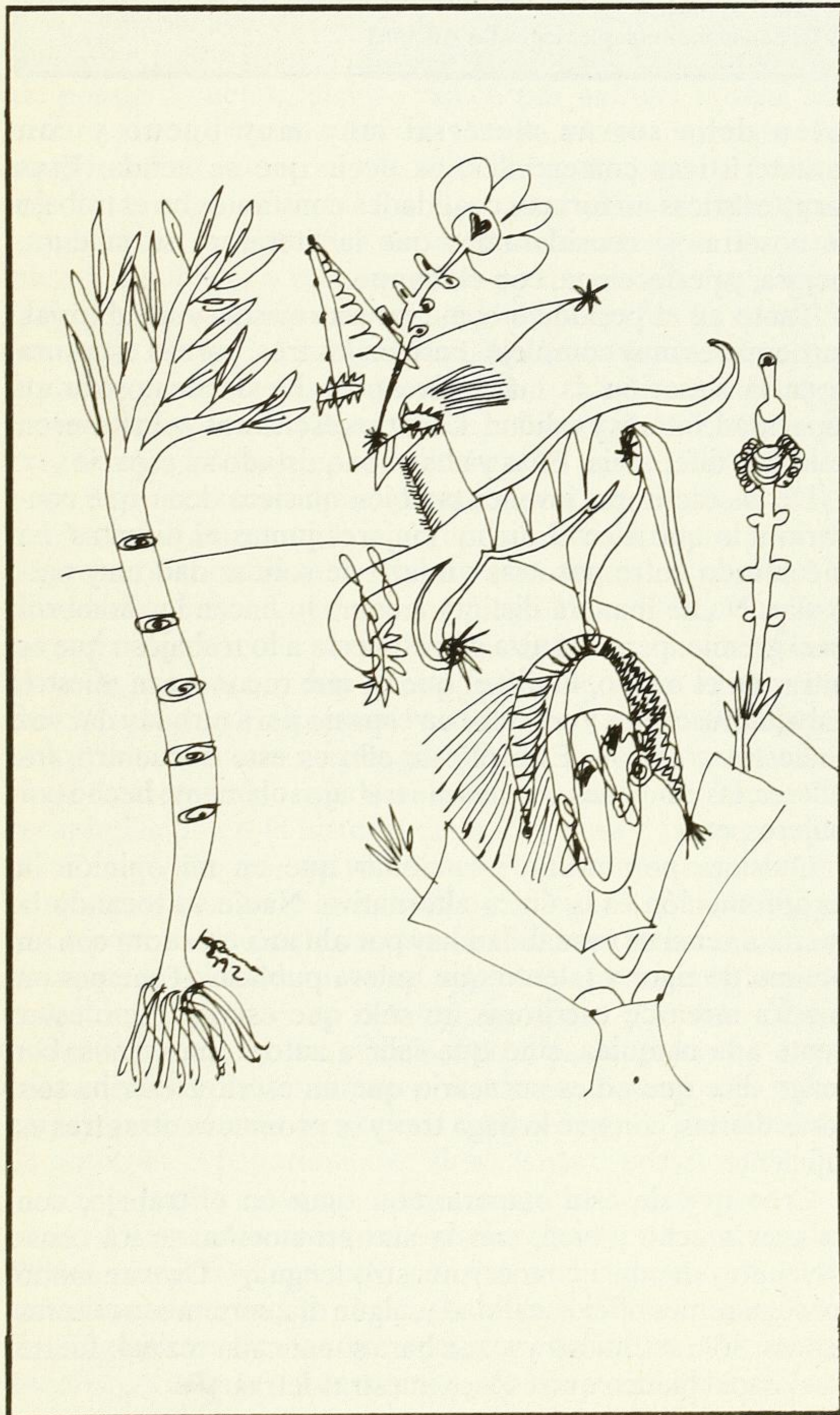


Rosa Ceniza

Concepción Núñez Miranda*

El sol iluminaba las verdes hojas de los gigantescos ahuehuetes, con su olor a mirra los pinos humedecían el ambiente, riachuelos de aguas cristalinas recorrían el sendero. Eran las doce de aquel día de verano en que atravesamos la sierra en busca de Rosa Ceniza que vivía en un poblado cuyo nombre nos cautivó. "Lugar de fuerza" era su significado; eso dijeron sus antiguos pobladores cuando los encontramos en aquellas montañas coronadas de nubes.

Extrañas flores caían en raudales, orquídeas terrestres reptaban el camino, sus tonos naranjas se mezclaban con el blanco de las margaritas que al recibir los tenues rayos del sol se alborotaban como estrellas fugaces.



Llegamos así a la floresta que se extendía luminosa hacia el infinito, las nubes nos tragaban irremediablemente en su ir y venir tranquilo y misterioso. Sobre el lomo redondo y perfecto de una montaña nos detuvimos, era la parte más alta, bastaba con mirar y sorprenderse de aquella inmensidad de cadenas verdiazules.

Poderosamente me atraía la tierra negra, esplendorosa. Mi cuerpo se dejó caer y miles de partículas de "dientes de león" se desparramaron juguetonas. Había pasado un largo rato cuando te miré de pie devorado por las nubes, parecía que brillabas iridiscente, como aquel arcoiris que teníamos de fondo, allá a lo lejos.

Cuando bajamos sentimos que ya nada era igual, algo había cambiado en nosotros, entonces comprendimos que acabábamos de arribar al lugar por tanto tiempo buscado; ese que daba fuerza con sólo pensar en él, ese que sus habitantes tejen diariamente construyendo su historia y sus huipiles multicolores; el que en días de plaza se viste de fiesta y sale a vender sus ollas manchadas de negro, su pan y sus duraznos recién cortados.

Así llegamos por el camino principal a la casita de madera con su traspatio de alcatraces silvestres, en cuyo costado se levanta olorosa la cocina. Quién sabe cuántos misterios se cocinan diariamente en ese oscuro rincón de la casa, sólo Rosa Ceniza podría darnos razón de cuántos hablantes han estado sentados alrededor de su fogón, comiendo tortilla tostada, frijoles negros, salsa de chile seco y té de canela que ella prepara desde muy temprano. Dicen que nunca la han visto salir de su cocina, hace mucho tiempo que está ahí sentada como enterrada junto al comal que atiza constantemente para que el fuego no termine. Todo tiene junto a ella: el tomate, los chiles, la sal, los ajos, el agua; basta con que estire la mano y ya está, mágicamente se transforman.

Cuando entras a ese lugar, de momento no logras verla, está como si no estuviera, formando parte de sus ollas ancestrales ennegrecidas por el uso y por el tiempo. La recina pende como estalactitas del techo de madera de pino, polvo de siglos se adivina sobre las cazuelas y las paredes.

Rosa Ceniza tiene los ojos grandes del color de la tierra. En la obscuridad es lo único que se distingue, brillan como el barro negro con luz propia. Parecen dos pequeñas lámparas que nos guían hacia los bancos de madera que la rodean. Rosa Ceniza nos ilumina con su sonrisa de luna llena, de mujer recién parida, de mujer piedra, comal y olla.

Cuentan que una tarde de lluvia, vendrán las mariposas amarillas con olor a guayaba a rescatarla. De ese espacio de ceniza y humo saldrá volando hasta encontrarse con las nubes más cercanas que la llevarán al "pozo del viento" donde la esperan cientos de mariposas espléndidamente libres. 🦋

* Maestra de la Universidad Pedagógica Nacional en Oaxaca.